

GACETA
DEL ÁNGEL
GERMÁN DEHESA

Imploremos la lluvia



Como ya sabrán los lectores adictos a estos mis cotidianos arrebatos literarios, yo nací equipado con una familia paterna

y otra materna. Como mi papá, quizás huyendo de mi mamá, se dedicaba a planchar con tesón y constancia la hermosa República Mexicana, la mitotera familia que invadió con grandes gritos mis lares infantiles fue la familia materna. Tan intensa llegó a ser su presencia y su enmueganamiento con mi devota madre, que yo llegué a pensar que también mi papá era tío mío o algo así.

Mi madre, ya lo he dicho, era la más hogareña de toda su familia, quizá sólo superada por mi madrina rayita. Aclaro que no se llamaba rayita, sino que así la aludo porque sus hijos tienen una veneración azteca por su difuntita jefa que, como todo mundo sabía, "era una Santa" (Santa Rayita) y si pronuncio en estos frívolos escritos su venerado nombre provocaré sus iras y la honda conmoción de los ya escasos restos de aquella próspera familia de mi infancia. Finiquitado el asunto "Rayita", vuelvo con mi recoleta madre para contarles que, si bien era enormemente hogareña, los jueves por la tarde, minutos antes de las cin-

co, mi madre agarraba su paraguas, su gabardina que ya era muy similar a la de Cantinflas porque la acompañaba desde su soltería y ya así implementada, ganaba la calle con dirección desconocida. Infinitas veces pregunté: ¿a dónde vas, mamá?, e infinitas veces mi madre me contestó lo mismo: a rezar para que llueva. Mi infantil ingenuidad, que conservo todavía, me hacía creerle a la autora de mis días y así, yo estaba seguro de que recorría todos los templos de nuestra zona postal para postrarse en cada uno de ellos y solicitarle al Altísimo con carácter de urgente muchas lluvias para la República Mexicana. Mucho tiempo después, vendría yo a averiguar por boca de mis tías supervivientes que mi madre a donde se dirigía era a jugar canasta uruguaya que era su más intensa pasión mundana. Alguna vez la vi jugar y me consta que era una leona enloquecida cuando se reclinaba sobre el tapete verde y que esa cosa terrible que en la canasta se llama "dar el pozo" le producía dolores de muerte si era ella quien lo daba, si era su compañera, las ganas de asesinarla manifestadas en el tono que usaba para regañarlas, eran reales y sangrientas. La única palabra incorrecta que yo escuché de su boca fue cuando le dijo a mi tía Dos Rayitas que era una pendeja, con

las catastróficas consecuencias que esto tuvo.

Esto es lo que mi mamá hacía cuando decía que se iba a rezar para que lloviera. Después de estudiar todos los ángulos pluviométricos en nuestro actual país y su cálculo de probabilidades y con mi amigo El Marce que está friegue y friegue con que vamos a tener derecho a dos vasos de agua al día, llego a la conclusión de que ahora es el momento de que intervengan las fuerzas superiores y que los rezadores confesos e inconfesos se den a la tarea de la oración.

Yo, que no tengo la fe ni la vehemencia de mi madre, me permito, sin embargo, solicitar del infinito laberinto de las causas y los efectos, que tenga compasión de este país que en este año le está lloviendo de todo, de todo menos agua y se sirva mandarnos grandes lluvias para nuestro maicito y para nuestro campo en general.

¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MDCXIV (1614)
MONTIEL.

